BRÚJULA COTIDIANA
Director Riccardo Cascioli
HECHOS PARA LA VERDAD

EL DOCUMENTO

El Coronavirus: lo que nos enseña y cómo recomenzar

DOCUMENTOS 21_03_2020

Giampaolo Crepaldi*

Nada será como antes

La epidemia relacionada con la propagación del "COVID-19" tiene un fuerte impacto en muchos aspectos de la coexistencia entre los hombres y por esta razón también

requiere un análisis desde el punto de vista de la Doctrina Social de la Iglesia. El contagio es, en primer lugar, un evento de salud y esto ya lo conecta directamente con el objetivo del bien común. La salud es ciertamente parte de ello. Al mismo tiempo, plantea el problema de la relación entre el hombre y la naturaleza y nos invita a superar el naturalismo que está muy extendido hoy en día y olvida que, sin el gobierno del hombre, la naturaleza también produce desastres y que no existe una naturaleza buena y originalmente no contaminada. Luego plantea el problema de la participación en el bien común y la solidaridad, invitándonos a abordar, teniendo en cuenta el principio de subsidiariedad, las diversas contribuciones que los agentes políticos y sociales pueden hacer a la solución de este grave problema y a la reconstrucción de la normalidad cuando haya pasado. Ha quedado claro que estas contribuciones deben ser articuladas, convergentes y coordinadas. La financiación de la atención sanitaria, un problema que el coronavirus ha puesto de manifiesto muy claramente, es un problema moral central en la búsqueda del bien común. Es urgente reflexionar tanto sobre los objetivos del sistema de salud como sobre su gestión y utilización de los recursos, ya que una comparación con el pasado reciente muestra una importante reducción de la financiación de los centros de atención de la salud. Vinculados al problema de la salud están los temas de la economía y la paz social, ya que la epidemia amenaza la funcionalidad de las cadenas de suministro productivas y económicas, y su bloqueo, si continúa en el tiempo, producirá quiebras, desempleo, pobreza, penurias y conflictos sociales. El mundo del trabajo estará sujeto a grandes trastornos, se necesitarán nuevas formas de apoyo y solidaridad y habrá que tomar decisiones drásticas. La cuestión económica nos hace pensar también a la cuestión del crédito y la cuestión monetaria y, por lo tanto, a las relaciones de Italia con la Unión Europea de las que dependen las decisiones finales en estas dos áreas en este país. Esto, a su vez, plantea de nuevo la cuestión de la soberanía nacional y la globalización, poniendo de manifiesto la necesidad de revisar la globalización entendida como una máquina sistémica global, que también puede ser muy vulnerable precisamente por su interrelación interna rígida y artificial, de modo que, al golpear un punto neurálgico, produce un daño sistémico global difícil de recuperar. Cuando los niveles sociales más bajos sean privados de la soberanía, todos irán detrás. Por otra parte, el coronavirus también ha puesto de relieve los “cierres” de los Estados, incapaces de cooperar realmente aunque sean miembros de instituciones supranacionales a las que pertenecen. Finalmente, la epidemia plantea el problema de la relación del bien común con la religión católica y la relación entre el Estado y la Iglesia. La suspensión de las misas y el cierre de las iglesias son sólo algunos aspectos de este problema.

Así parece ser el complejo cuadro de los problemas conectados con la epidemia de coronavirus. Son temas que tienen que ver la Doctrina Social de la Iglesia, por lo que nuestro Observatorio se siente llamado a ofrecer una reflexión, pidiendo otras aportaciones en este sentido. La encíclica *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI, escrita en 2009 en el momento de otra crisis, afirmaba que "la crisis nos obliga a rediseñar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a centrarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. La crisis se convierte así en una oportunidad para el discernimiento y la nueva planificación" (n. 21).

El fin del naturalismo ideológico

Las sociedades estaban y están atravesadas por varias formas ideológicas de naturalismo que la experiencia de esta epidemia podría corregir. La exaltación de una naturaleza pura y originalmente incontaminada de la que el hombre sería el contaminador no podía mantenerse, y con más razón no se mantiene ahora. La idea de una Madre Tierra originalmente dotada de su propio equilibrio armonioso con cuyo espíritu el hombre debería conectar para encontrar la relación correcta con las cosas y consigo mismo es una estupidez con la que esta experiencia podría acabar. La naturaleza debe ser gobernada por el hombre y las nuevas ideologías panteístas (y no sólo) postmodernas son ideologías inhumanas. La naturaleza, en el sentido naturalista del término, también produce desequilibrios y enfermedades y por esta razón debe ser humanizada. No es el hombre el que debe naturalizarse, sino la naturaleza la que debe humanizarse.

La revelación nos enseña que la creación está confiada al cuidado y gobierno del hombre en vista del objetivo final que es Dios. El hombre tiene el derecho, porque tiene el deber, de administrar la creación material, gobernándola y sacando de ella lo que es necesario y útil para el bien común. La creación es confiada por Dios al hombre, a su intervención según la razón y a su capacidad de sabio dominio. El hombre es el regulador de la creación, no al revés.

Los dos significados de la palabra "Salus"

El término "Salus" significa *salud*, en el sentido sanitario del término, y también significa salvación, en el sentido ético-espiritual y sobre todo religioso. La experiencia actual del coronavirus testifica una vez más que los dos significados están interconectados. Las amenazas a la salud del cuerpo inducen cambios en las actitudes, en la forma de

pensar, en los valores que se persiguen. Ponen a prueba el sistema moral de referencia de toda la sociedad. Exigen un comportamiento éticamente válido, denuncian actitudes egoístas, desinteresadas, indiferentes y de explotación. Destacan formas de heroísmo en la lucha común contra el contagio y, al mismo tiempo, formas de saqueo de los que se aprovechan de la situación. La lucha contra el contagio requiere una recomposición moral de la sociedad en términos de un comportamiento saludable, solidario y respetuoso, tal vez más importante que la recomposición de los recursos. Por lo tanto, el desafío a la salud física está relacionado con el desafío a la salud moral. Necesitamos un profundo replanteamiento de las derivas inmorales de nuestra sociedad, en todos los niveles. A menudo los infortunios naturales no son del todo naturales, sino que esconden detrás actitudes moralmente desordenadas del hombre. El origen del "COVID-19" no se ha aclarado aún, e incluso podría resultar no ser de origen natural. Pero aunque se admitiese su origen puramente natural, su impacto social pone en duda la ética comunitaria. La respuesta no es y no será sólo científico-técnica, sino que tendrá que serlo también moral. Después de la técnica, la grave contingencia del coronavirus debería reavivar la moral pública sobre una nueva base sólida.

Participación en el bien común

La participación ética es necesaria porque el bien común está en juego. La epidemia de coronavirus contradice a todos aquellos que han argumentado que el bien común como fin moral no existe. Si ese fuera el caso, ¿a qué se comprometerían y por qué estarían luchando todas las personas dentro y fuera de las instituciones? ¿A qué compromiso estarían obligados los ciudadanos mediante ordenanzas restrictivas si no fuera a un compromiso moral por el bien común? ¿Basado en qué se dice que ciertos comportamientos en este momento son “necesarios”? Aquellos que negaron la existencia del bien común o que confiaron su consecución sólo a técnicas, pero no al compromiso moral por el bien, se ven hoy contradichos por los hechos. Es el bien común el que nos dice que la salud es un bien que todos debemos promover. Es el bien común el que nos dice que la palabra *Salus* tiene dos significados.

¿Se agrandará esta experiencia del coronavirus hasta el punto de profundizar y ampliar este concepto de bien común? Mientras luchamos por salvar la vida de muchas personas, no cesan los procedimientos de abortos, ni cesan las ventas de píldoras abortivas, ni cesan las prácticas de eutanasia, ni los sacrificios de embriones humanos y muchas otras prácticas contra la vida y la familia. Si se redescubre el bien común y la necesidad de una participación coral a su favor en la lucha contra la epidemia, habría que tener el valor intelectual y la voluntad de extender el concepto hasta donde sea

naturalmente necesario.

La subsidiariedad en la lucha por la salud

La movilización en curso contra la propagación del coronavirus ha implicado a muchos niveles, a veces coordinados, a veces menos. Hay diferentes tareas que cada uno ha llevado a cabo de acuerdo con sus responsabilidades. Una vez pasada la tormenta, esto permitirá revisar lo que no ha funcionado bien en la cadena subsidiaria y redescubrir el importante principio de subsidiariedad para aplicarlo mejor y aplicarlo en todos los campos posibles. Hay que valorar una experiencia en particular: la subsidiariedad debe ser “para” y no como una defensa “de”: debe ser para el bien común y, por lo tanto, debe tener un fundamento ético y no sólo político o funcionalista. Un fundamento ético basado en el orden natural y finalista de la vida social. La ocasión es propicia para abandonar las visiones convencionales de los valores y objetivos sociales.

Un punto importante que ahora se destaca en la emergencia del coronavirus es el papel subsidiario del crédito. El bloqueo de grandes sectores de la economía para garantizar una mayor seguridad sanitaria y reducir la propagación del virus está provocando una crisis económica, especialmente en términos de liquidez, para las empresas y los hogares. Si la crisis durase mucho tiempo, se espera una crisis en el círculo de la producción y del consumo, con el fantasma del desempleo en la sombra. Frente a estas necesidades, el papel del crédito puede ser fundamental y el sistema financiero podría redimirse de las muchas dilapidaciones censurables y reprobables del pasado reciente.

Soberanía y globalización

La experiencia actual del coronavirus también nos obliga a reconsiderar los dos conceptos de globalización y soberanía nacional. Existe una globalización que ve al planeta entero como un “sistema” de conexiones y uniones rígidas, una construcción artificial gobernada por trabajadores, una serie de vasos comunicantes aparentemente inquebrantables. Sin embargo, este concepto también ha demostrado ser débil porque es suficiente para golpear el sistema en un punto y crear un efecto dominó en avalancha. La epidemia puede poner en crisis el sistema sanitario; las cuarentenas ponen en crisis el sistema productivo; esto provoca el colapso del sistema económico; la pobreza y el desempleo ya no alimentan el sistema crediticio; el debilitamiento de la población la expone a nuevas epidemias y así sucesivamente en una serie de círculos viciosos de extensión planetaria. La globalización había presentado hasta ayer sus esplendores y glorias de perfecto funcionamiento técnico-funcional, de incuestionable certeza sobre la obsolescencia de los estados y naciones, de valor absoluto de la

“sociedad abierta”: un único mundo, una única religión, una única moral universal, un único pueblo globalista, una única autoridad mundial. Pero entonces un virus puede ser suficiente para derribar el sistema, ya que los niveles no globales de respuesta han sido desactivados. La experiencia que estamos viviendo nos advierte contra una “sociedad abierta” entendida de esta manera, tanto porque se pone en manos del poder de unos pocos como porque otras manos podrían derribarla como un castillo de naipes. Esto no significa negar la importancia de la colaboración internacional que requieren las pandemias, pero esa colaboración no tiene nada que ver con estructuras colectivas, mecánicas, automáticas y sistémicas a nivel mundial.

La muerte por coronavirus de la Unión Europea

La experiencia de estos días ha demostrado que una Unión Europea una vez más dividida y fantasmagórica. Han surgido disputas egoístas entre los estados miembros en lugar de cooperación. Italia se ha quedado aislada y sola. La Comisión Europea ha intervenido tarde y el Banco Central Europeo ha intervenido mal. Frente a la epidemia, cada estado ha tomado medidas para cerrarse. Los recursos necesarios para que Italia pueda hacer frente a la situación de emergencia, que en otros tiempos habría podido encontrar autónomamente con la devaluación de la moneda, dependen ahora de las decisiones de la Unión Europea ante la cual debe postrarse.

El coronavirus ha demostrado definitivamente la artificialidad de la Unión Europea, que es incapaz de hacer cooperar entre sí a los estados sobre los que se ha superpuesto para adquirir la soberanía. La falta de pegamento moral no ha sido compensada por un pegamento institucional y político. Es necesario tomar nota de este final vergonzoso de la Unión Europea por causa del coronavirus y pensar que una colaboración entre los Estados europeos en la lucha por la salud es también posible fuera de las instituciones políticas supranacionales.

El Estado y la Iglesia

La palabra *Salus* significa, como hemos visto, también salvación y no sólo salud. La salud no es la salvación, como nos enseñaron los mártires, pero en cierto sentido la salvación también da salud. El buen funcionamiento de la vida social, con sus efectos beneficiosos también para la salud, necesita también la salvación prometida por la religión: “El hombre no se desarrolla sólo con sus propias fuerzas” (Caritas in Veritate, 11).

El bien común es de naturaleza moral y, como hemos dicho antes, esta crisis debería llevar al redescubrimiento de esta dimensión, pero la moralidad no vive por sí sola, ya

que en última instancia es incapaz de fundarse a sí misma. Aquí surge el problema de la relación esencial que la vida política tiene con la religión, la que mejor garantiza la verdad de la vida política. La autoridad política debilita la lucha contra el mal, como también ocurre con la actual epidemia, cuando equipara las Santas Misas con iniciativas recreativas, pensando que deben ser suspendidas, tal vez incluso antes de suspender otras formas de agregación que son ciertamente menos importantes. Incluso la Iglesia puede cometer errores cuando no defiende, por el mismo auténtico y completo bien común, la necesidad pública de las Santas Misas y la apertura de las iglesias. La Iglesia contribuye a la lucha contra la epidemia con las diversas formas de asistencia, ayuda y solidaridad que sabe llevar a cabo, como siempre lo ha hecho en casos similares en el pasado. Sin embargo, es necesario mantener una gran atención a la dimensión religiosa de su contribución, para que no se considere una simple expresión de la sociedad civil. Por esta razón, es de gran valor lo que el Papa Francisco dijo cuando rezó al Espíritu Santo para dar a los pastores "la capacidad pastoral y el discernimiento para proporcionar medidas que no dejen al fiel pueblo de Dios solo. Que el pueblo de Dios se sienta acompañado por los pastores y el consuelo de la Palabra de Dios, los sacramentos y la oración", naturalmente con el sentido común y la prudencia que la situación requiere.

Esta emergencia del coronavirus puede ser experimentada por todos "como si Dios no existiera" y en este caso la siguiente fase, cuando la emergencia termine, también aplicará una visión similar de las cosas para dar continuidad. De esta manera, sin embargo, el vínculo entre la salud física y la salud moral y religiosa que esta dolorosa emergencia ha provocado se habrá olvidado. Si, por el contrario, se siente la necesidad de volver a reconocer el lugar de Dios en el mundo, entonces las relaciones entre la política y la religión católica y entre el Estado y la Iglesia también podrán tomar el camino correcto.

La emergencia de la actual epidemia desafía profundamente la Doctrina Social de la Iglesia. Éste es un patrimonio de fe y de razón que en este momento puede ser de gran ayuda en la lucha contra la infección, una lucha que debe concernir a todos los niveles de la vida social y política. Sobre todo, puede ayudar en vista del post-coronavirus. Necesitamos una visión general que no deje fuera ninguna perspectiva realmente importante. La vida social requiere coherencia y síntesis, especialmente en las dificultades, y es por ello que en las dificultades los hombres que saben mirar a lo profundo y hacia arriba pueden encontrar soluciones e incluso oportunidades para mejorar las cosas en comparación con el pasado.